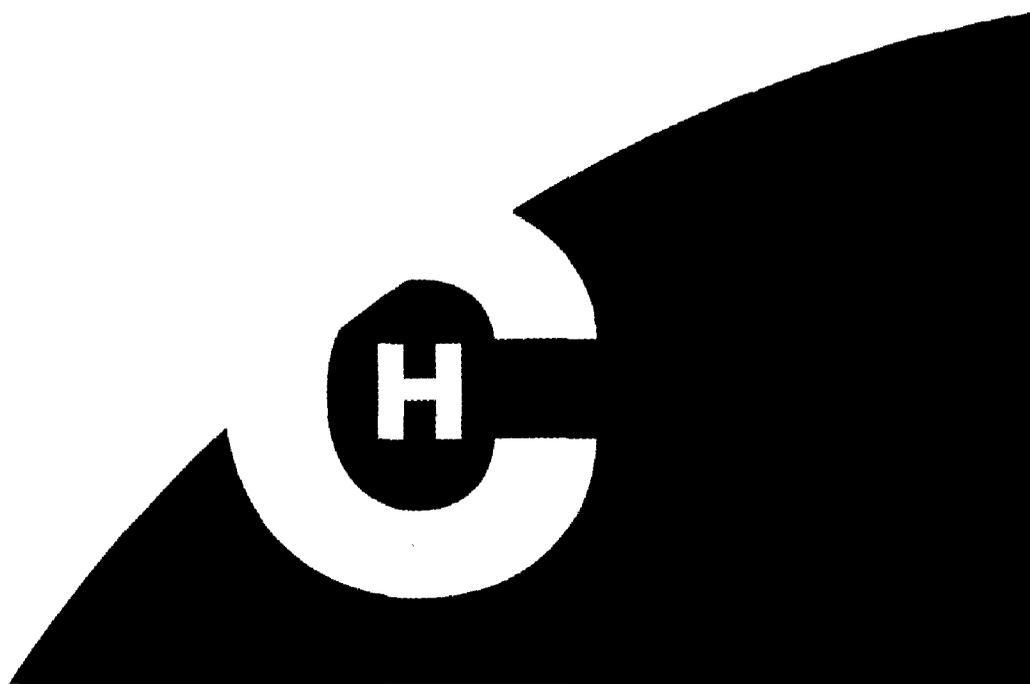


Editorial

Benjamín Prado

La cultura es algo tan vivo que a en su territorio son posibles las resurrecciones. Un buen ejemplo de ello son los casos de algunos de los autores de quienes se ocupan en esta ocasión las páginas de Cuadernos Hispanoamericanos: José Bergamín, Ramón J. Sender, Luis Rogelio Noguerras e incluso Jaime Menéndez. Por diferentes motivos, que van desde el cambio en los gustos estéticos hasta la censura política o la simple mala suerte, estos escritores han ido perdiendo peso y, en los peores casos, desvaneciéndose hasta casi desaparecer. Algo que resulta incomprensible en los casos de Bergamín y Sender, el primero de ellos un fino poeta y controvertido pensador que, seguramente, está pagando muy caras sus últimas apuestas ideológicas, pero cuya importancia es irrefutable tanto en su papel de creador como en el de promotor cultural y editor; y el segundo, Ramón J. Sender, porque aunque su figura no resulta tan borrosa ni sus libros tan difíciles de encontrar, sí da la impresión de que aún hoy no ocupa el sitio de privilegio que le corresponde entre los



más notables novelistas contemporáneos en nuestro idioma. En cuanto a Noguerras y Menéndez, el lector que no los conozca verá que tirar de ellos hacia este lado del olvido es un acto de pura justicia, porque uno está avalado por la calidad de sus versos y el otro por la honradez de su comportamiento en épocas gobernadas por la sinrazón. La idea de que una de las cosas que puede hacer una revista como Cuadernos Hispanoamericanos es rescatar de entre las sombras a intelectuales de diversos campos que no merecen la oscuridad, nos anima a ofrecer nuestra casa a esta clase de investigaciones.

Si uno intenta pasar de lo particular a lo general, como conviene intentar hacer cuando no sólo se quiere dar una opinión sino también reflexionar sobre lo que se dice, quizá los casos que hemos mencionado puedan servir para recordar que la cultura no es ajena a la moda o, al menos, a los cambios de sensibilidad que van sucediéndose en nuestras sociedades con el paso del tiempo, y que, justo por esa razón, todos los que disfrutamos del privilegio de ser escuchados o leídos tenemos una doble responsabilidad: por una parte, la de estar atentos a lo que sucede; por otra, la de vigilar para que lo mejor de nuestro pasado no se disipe ni se malgaste en nombre de la novedad.

Ojalá que Cuadernos Hispanoamericanos logre, en este número y en los que lo sucedan, ese triunfo que consiste en alentar el deseo de conocer, que es la ambición más noble a la que puede aspirar una revista como la nuestra. No hay más que descender a la Historia para ver la cantidad de disparates y crímenes que se cometen en nombre del porvenir, o pararse en las noticias de nuestros periódicos, tan llenas de apóstoles de un perdón que es hermano gemelo de la impunidad, para darse cuenta de lo que importa ser, en esto como en todo, enemigos del silencio, voluntarios de la memoria

